

de la Feria de París

MIS amigos de NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS me han invitado a que escriba unas cuartillas sobre la Feria del Libro Antiguo que se celebra periódicamente en París. Y han elegido mal el articulista; yo no entiendo mucho de libros antiguos, y prácticamente ignoro todo sobre las Ferias Internacionales que se celebran por esos mundos de Dios, excepto mi humilde participación en la que los españoles organizamos todos los años en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Seguramente han confundido la pasión con el conocimiento. Cuando yo empezaba mi andadura como librero anticuario tuve la dicha de asistir a una de las Ferias del Libro Antiguo organizada por los libreros de París. Confieso que me quedé entusiasmado. Mis amigos han escuchado con insistencia mi cantinela de que aquello era maravilloso, y se han dicho, éste, que conoce tan bien aquello, que nos lo describa con el fin de incluirlo en nuestra revista.

Hay mucha gente que critica sistemáticamente a los franceses, aunque hagan las cosas bien. Yo critico a los taxistas, a las porterías y a los expendedores de billetes del Metro y también a los camareros, porque son poco amables e iracundos; y lo hago con los profesionales citados que ejercen en París y son franceses, sin olvidarnos de que Francia es algo más que París y que los franceses hacen cosas malas y buenas como todo hijo de vecino. Más buenas que malas, sobre todo en el campo de la cultura. Y la Feria de la que hablamos es un palmario ejemplo.

Empecemos por decir que el año que yo visité la citada Feria se celebró en un fastuoso palacio que el Ayuntamiento les concedió gentil y gratuitamente, proporcionándoles todo tipo de ayuda complementaria. El local era muy amplio y bien dotado de servicios, por lo tanto la estancia en el lugar era acogedora. Se hallaba situado en el centro de París (en la Cité), muy cerca de esas «deliciosas cajitas» con libros viejos que adornan las orillas del Sena y consecuentemente el acceso era fácil y ello hizo que fuera visitada permanentemente, con «colas» ininterrumpidas durante los tres días de duración. Esta asistencia masiva es más meritoria si consideramos que la entrada se pagaba.

Había setenta y dos libros de todo el mundo, y la calidad de los libros no hay que decir que respondía a una Feria de verdadera categoría internacional. A diferencia de la que se organiza en nuestro país, en aquella participaban profesionales, no libreros anticuarios. Encuadernadores, editores de facsímiles y libros de lujo. Inclusive tenía algún stand una institución cultural relacionada con el libro. Y un dato curioso, no eran los libreros anticuarios de París solamente los organizadores, sino la Asociación de Libreros, que comprende a los de libros modernos y antiguos.

Los stands eran coquetos y bien iluminados. Lo propio para exhibir más que para vender unos cuantos ejemplares de gran categoría.

Todos los tipos de libros y materiales podían admirarse cómodamente en aquella ocasión. Naturalmente había alguna «Pieza Española», pero no era evidentemente para mí. Repito mi opinión de que los libros españoles de alto valor bibliofílico son inalcanzables en cuanto cruzan los Pirineos.

Una cosa a destacar. La mayor parte de los libreros eran especialistas en materias determinadas. Algunos dedicados esencialmente a libros antiguos en su más pura acepción: incunables, siglos XVI y XVII. Otros a las ciencias: Arte, Agricultura, Gastronomía, Medicina, Música, etc. Precisamente en París existen librerías especializadas de materias de lo más variado y singular, pues algunas pueden serlo no sólo de Medicina, Heráldica o Historia, sino de una época que acaso se limita a un siglo determinado, a una Escuela o a ciertos autores elegidos. Algo que en nuestro país prácticamente es inusual. Somos pocos en España los libreros especializados. Y nadie —que sepamos— vive exclusivamente de esa especialidad a la que presta su atención.

El catálogo que se confeccionó para el evento, magnífico y nada caro. Se rindió homenaje en aquella ocasión a Diderot con motivo de un aniversario y todo quedó redondo, contando naturalmente con las suculentas transacciones de algunos libreros, que aumentaron su cuenta y podrían asistir a otra Feria con el fin de renovar sus fondos y seguir la maravillosa rueda de la Fortuna que es el mundo de los libros antiguos. París, Londres, Amsterdam, Milán, Berlín, todas las grandes ciudades europeas ofrecen la oportunidad de gozar hondamente en este ambiente fascinante. Y naturalmente Madrid... Siempre Madrid.

Los stands eran coquetos y bien iluminados. Lo propio para exhibir, más que para vender unos cuantos ejemplares de gran categoría.

Somos pocos en España los libreros especializados y nadie vive exclusivamente de esa especialidad.

Hay gente que critica sistemáticamente a los franceses, aunque hagan las cosas bien.